

Don Juan no venir,  
Don Juan no venir,  
acá morir,  
acá morir.

El día 12 de Diciembre de 1578, Azán-bajá, presentes todos sus esclavos, mata en su casa, por sus propias manos, á fuerza de darle palos en la barriga, al cautivo mallorquín Pedro Soler, que había intentado huirse á Orán. A Miguel le retiñen en las orejas las agrias voces de los moricos:

Acá morir,  
acá morir,  
Don Juan no\*venir...

Ya no podía venir Don Juan. Las esperanzas iban apagándose.

## CAPÍTULO XXIV

EL BAÑO GRANDE DEL REY.—DOS RENEGADOS ESPAÑOLES.  
CERVANTES, POETA MARIANO.—LOS APUROS DE UN  
MERCADER.—RENACE LA CALMA

El baño grande del rey Azán-bajá era una espaciosa cuadra ó aposento de setenta pies de largo por cuarenta de ancho, en el que se amontonaban á veces centenares de cautivos, á veces millares. Tenía dos pisos y estaba rodeado de aposentos para los cautivos que lograban la dicha de hallarse solos. En el centro del piso bajo había un aljibe de claras aguas. En un extremo se mostraba un altarcillo de fábrica, sin retablo ni imágenes para que los sacerdotes dijeran misa, lo cual hacía cada cual con los ornamentos que pudo salvar de su desventura y con un crucifijo propio ó prestado: á veces se celebró sin más imagen que una estampa de escapulario, una hoja de misal, una Virgen pintada en un naipe ó un Cristo arrancado de un rosario. Los días de misa, que eran muchos, unos cautivos avisaban á otros, y de los demás baños acudían á cumplir con la devoción y á comunicarse entre sí.

Hay que pensar hasta qué punto aquellos hombres se hallarían hambrientos de conversación y sedientos de nuevas, y cómo aprovecharían las ocasiones de reunirse y contarse luengas mentiras con que nutrían su decadente esperanza. ¿Cómo podremos representarnos el estado del alma de casi todos los cautivos sino recordando que muchos de ellos habían olvidado los sucesos anteriores á la cautividad, y algunos, hasta sus apellidos paternos? Así había tanto Juan Vizcaíno, José de Cuenca, Antonio Montañés.

Quizás algunos disfrazasen su nombre verdadero por vergüenza de la miserable vida que arrastraban.

Con todo, como sucede siempre en reunión de hombres á quienes aflige común desgracia, no era raro que por el baño del Rey pasase una ráfaga de alegría. Sábese que en aquel sitio, se representaron comedias. ¿Quién nos dice que no fuese Miguel uno de los intérpretes ó directores de ciertos pasos y coloquios de Lope de Rueda, que de fijo fueron allí ejecutados? Afligida y contristada su alma no podía estar mucho tiempo, pues sabemos que las mayores tribulaciones no le robaron su buen humor. Además, el organizar y dirigir una fiesta semejante era para él medio de imponerse á la admiración de los otros cautivos, de poner en movimiento aquella masa amorfa y sufrida, quizás de requisar entre ella el hombre ó los hombres que necesitaba para sacar adelante sus perpetuas imaginaciones y sus no abandonados proyectos de fuga.

Azán-bajá y los turcos poseedores de cautivos, por su parte, no ponían dificultad á estas fiestas, con las cuales tenían á sus esclavos contentos por unos días. Como había entre los cautivos españoles é italianos muchos hombres de ingenio y donaire, decidores y faceciosos, acudían á las representaciones, á más de los esclavos, algunos cristianos libres, ricos mercaderes de Argel, renegados de suposición y moros, y á veces hasta moras, que muy bien velado el rostro no habían inconveniente en codearse con los perros cristianos, á quienes por su ley y costumbre, no estimaban siquiera como hombres. Acaso no faltaban en la representación un veneciano que supiese cantar lindos rondeles y *florini* con voz de varón y voz engolada de hembra, un francés que tuviese amaestrado á su perro á saltar por el rey de Francia y volver el hopo por el puerco judío, dos napolitanos ó griegos luchadores y un español que entonara al son del guitarrillo ó de castañetas, largos y lindos romances de *La bella mal maridada* y del *Conde Claros*, de *Don Bueso* y de *Delgadina*. ¿Quién sabe si este español que con voz acordada y suave y con muy gracioso juego de ojos recitaba era Miguel de Cervantes? Y si lo fué, ¿quién duda que, no bien abriese la boca, tuviera por suyos todos los

ánimos, no ya sólo de los cautivos, sino también de los renegados y turcos que entendían el castellano y adivinaban el donaire del que había de entretener gratamente á los siglos venideros?

Aquellos hombres que habían renegado, ó eran seres de alma baja y cobarde en quienes no podía menos de causar admiración la sabida entereza de Miguel, ó eran hombres, como el propio Miguel, juguetes de la desgracia y que en ella habían ganado una dosis de escepticismo bastante á hacerles verlo claro todo.

Entre estos renegados, á quienes Miguel conoció y trató, había dos que pronto ganaron su confianza. Al uno le llamaban Abderamán y, según dijo á Miguel desde sus primeras conversaciones, su verdadero nombre era el licenciado Girón, granadino, hijo de un hidalgo de Osuna. El otro era un alegre y simpático murciano, hombre de riesgo y ventura y de desgarrado vivir, arraez que fué ó que era al presente de alguna galeota y á quien los moros llamaban Morato y los cristianos por apodo *Maltrapillo*.

Estos dos tipos tan diferentes fueron pronto grandes amigos de Miguel. Reservado y taciturno el de Granada, Cervantes conoció pronto que hondos combates interiores trabajaban su corazón. Alegre y descuidado el levantino, supo Miguel llevarle el genio, con sus donaires y ganarse toda la simpatía de su alma ligera.

Si el cordobés siempre es un dogmático y el sevillano casi siempre un escéptico, el granadino es siempre un hombre de fe profunda, pero intranquila, un hombre de conciencia alborotada. El licenciado Girón, que no sabemos por qué causa había renegado, estaba hondamente arrepentido de ello. En hábiles conversaciones supo Miguel sacar á flor de labio el alma perturbada de su amigo. "Entendiendo—dice el mismo Cervantes—que dicho renegado mostraba arrepentimiento en lo que había hecho de hacerse moro y su deseo de volverse á España, por muchas veces le exhortó y animó á que se volviese á la fe de Nuestro Señor Jesucristo."

Pero no vaya á creerse que Miguel se metió á predicador y catequista solamente por conseguir una ayuda para su libertad. No. Precisamente este año de 1579 es decisivo en el alma de Cervantes. Las conversaciones y pláticas devotas con el doctor Sosa,

con el doctor Becerra y con el doliente mártir Fray Jorge del Olivar y los mismos arranques de abnegación que un día y otro hacían estremecer su espíritu, influyeron sin duda en el ánimo de Miguel, y en él crearon una devoción varonil y robusta, una adhesión fuerte á la fe cristiana que en sus andanzas de soldado no había tenido ocasión de manifestarse, salvo en la visita á Loreto. Un Garcilaso sin comento y unas *Horas de Nuestra Señora* le habían acompañado por Italia, como libros de sus devociones íntimas. Porque en todo fuese española pura su construcción espiritual, quizás ningún santo ni persona de la Santísima Trinidad le inspiraba tanta fe como la Virgen María. No se suele colocar á Cervantes entre los poetas marianos, porque no estaría bien al par de tanto chirle y ebene como anda con este título; pero quizás después de Petrarca y de Fray Luis de León, no hay ningún poeta comparable con Miguel en fervor por la Virgen y sus mejores versos juveniles son versos marianos. Si no las compuso en Argel, en Argel sintió y pensó las admirables estrofas del fugitivo á Orán en *El trato de Argel*:

Virgen bendita y bella  
remediadora del linaje humano,...

y las otras que reza Aurelio, el protagonista de la obra, es decir, el propio Miguel.

En vos, Virgen santísima María  
de Dios y de los hombres medianera...  
en vos, Virgen y Madre, en vos confía  
mi alma, que, sin vos, en nadie espera...

Bien sé que no merezco que se acuerde  
vuestra eterna memoria de mi daño,  
porque tengo en el alma, fresco y verde  
el dulce fruto del amor extraño:  
mas vuestra alta clemencia, que no pierde  
ocasión de hacer bien, mi mal tamaño  
remedie, que ya estoy casi perdido  
de Scila y de Caribdis combatido...

y, en fin, el magnífico soneto que está en la comedia *Entretenida* y que no han leído aquellos hombres de pésimo gusto para quienes Cervantes nunca fué poeta:

Por tí Virgen hermosa, esparce ufano,  
contra el rigor con que amenaza el cielo  
entre los surcos del labrado suelo  
el pobre labrador el rico grano.

Por tí surca las aguas del mar cano  
el mercader en débil leño á vuelo  
y en el rigor del sol, como del hielo  
pisa el soldado alegre el risco y llano.

Por tí infinitas veces, ya perdida  
la fuerza del que busca y del que ruega  
se cobra y se promete la victoria.

Por tí, báculo fuerte de la vida,  
tal vez se aspira á lo imposible y llega  
el deseo á las puertas de la gloria.

¡Oh esperanza notoria,  
amiga de alentar los desmayados  
aunque estén en miseria sepultados!

Fué la devoción de Cervantes arranque poético propio de una juventud malograda, pero ni estos versos ni los demás que á la Virgen dedicó en sus primeros años de poeta, son un tema retórico ni una ficción lírica. El sentimiento que los dictó estaba bien arraigado desde los años de la adversidad y poseído por él, acertó á comunicárselo al licenciado Girón y á convencerle de que sus luchas interiores no podían ni debían tener otro término que la vuelta á la patria y á la fe de sus abuelos.

Persuadido ya, hablaron Miguel y el licenciado Girón con cierto mercader valenciano de los residentes en Argel, llamado Onofre Exarch ó Exarque, amigo ó pariente de los Torres y de Juan Fortuny. Onofre Exarque, era, como los otros mercaderes que hacían sus negocios á costa de la cautividad, un hombre alegre y bonachón, de amplias tragaderas, tan amigo de moros como de cristianos, pues con unos y con otros vivía. No obstante los ardorosos razonamientos del licenciado Girón y la comunicativa elocuencia de Miguel fueron parte á convencerle de que podía ser negocio para él adelantar más de mil trescientas doblas, para adquirir una fragata armada, "persuadiéndole—declara Cervantes—que ninguna otra cosa podía hacer más honrosa, ni al servicio de Dios y de S. M. más acepta: lo cual así se hizo, y el

dicho renegado compró una fragata de doce bancos y la puso á punto, gobernándose en todo por el consejo y orden de Miguel de Cervantes. La persuasión de Exarque al soltar las mil trescientas doblas para una empresa tan descabellada, semejante á otras muchas que se habían malogrado, es una de las obras maestras de Cervantes.

No se dice por chiste ni ironía, pero en verdad, que mucho más admirable que componer la *Galatea*, nos parece, mirándolo bien, convencer á un comerciante de piel curtida en los negocios y muy hecho á los tratos de moros y cristianos, igualmente perjuros y fementidos, según se estaba viendo todos los días, de que realizaba una magnífica explotación soltando su dinero y poniéndole en manos de un renegado y de unos cuantos cautivos, cuya responsabilidad no era muy superior á la del pobre soldado Miguel, para facilitarles un medio de evasión.

Maravilla causa además el considerar que Miguel no podía concebir nunca un proyecto mezquino. Con el talento y la industria que empleó para esta y las anteriores intentonas de huída, si los hubiese empleado en fugarse él sólo, hubiera podido hacerlo cien veces, pero á él no le satisfacía su propia libertad si no hacía participar de ella á sus buenos y desdichados camaradas. Corrió, pues, secretamente, la voz de la proyectada fuga por entre lo más florido de la cautividad. Hasta sesenta caballeros de hábito y de título, sacerdotes, frailes y cautivos de menor cuantía estaban enterados y de acuerdo. El mes de Septiembre avanzaba y el otoño iba acercándose. Notemos la fecundidad de los otoños para Miguel. Siempre entre Septiembre y Octubre concibe y acomete las grandes hazañas, desde su adolescencia hasta su vejez. La primavera suele serle adversa, el otoño propicio. No es un cándido de los que en la primavera confían: es un experimentado, de los que en el otoño creen: y así en el otoño de su vida fué cuando produjo sus frutos más sazonados.

Causa admiración asimismo comeditar la confianza de Miguel, su fe inextinguible. Nos asombra que Don Quijote acometiera á los molinos de viento y hostigara á los leones, porque no reflexionamos que Miguel acometió á renegados y moros y hostigó

repetidas veces á Azán-bajá, de quien sabía que era hombre con fiereza de tigre. Nos sorprende que Don Quijote salga tantas veces apaleado y no se nos representa que, al año de ser vendido por el *Dorador*, Miguel pone un secreto idéntico al que el *Dorador* rompió, no ya en manos y lenguas de los catorce ó quince hombres metidos en la cueva, sino en las de sesenta cautivos desparramados por Argel. Como Don Quijote, su creador no escarmentaba: su osadía era mayor cuanto más adversa la suerte.

Conocida la psicología de Cervantes ¿cuesta algún trabajo explicarse la psicología de Don Quijote?

Dos días ó tres antes del señalado para la fuga, supo Cervantes que el caso del *Dorador* se había repetido. Sabidas las diligencias de Miguel y conocida la compra de la fragata, el rey Azán-bajá calló para coger á los fugitivos en flagrante delito, castigarlos proporcionalmente, apoderarse de los cómplices y sobre todo, echar mano de Onofre Exarque, de cuyas riquezas sabía.

El Judas había sido un fraile dominico extremeño, natural de Montemolín, junto á Llerena, el cual se hacía llamar el doctor Juan Blanco de Paz y decía ser comisario y familiar del Santo Oficio. Este hombre execrable, que ya tiene bastante castigo con que su nombre le conserve la Historia, delató el plan de Miguel, confiándole á un renegado florentino llamado Caibán, el cual se lo dijo al rey Azán-bajá.

Supo Miguel la delación y una vez más se ensanchó su alma. La humanidad le mostraba de nuevo los escondidos inagotables tesoros de su maldad y perfidia. Indignóse consigo mismo por haber puesto en autos de su proyecto á un hombre desalmado y sacerdote perverso como aquel Blanco de Paz, cuyas malas mañas conocía, pero pensó que para huir de Argel, no era hacedero que le acompañaran arcángeles y serafines, sino hombres de toda traza y disposición. Meditando qué remedio podría haber al desastre, huyó del baño del Rey y se ocultó en una *banda* ó escondrijo dispuesto por su amigo el alférez Diego Castellano, que era uno de los dispuestos á evadirse. Comunicó Cervantes la traición por medio del alférez Castellano y de su noble y franco amigo Alonso Aragonés á los demás conjurados. Súpolo Onofre

Exarque, y un miedo inconcebible, el miedo del capitalista, que ve sus dineros, su libertad y tal vez su cabeza en peligro, invadió su ánimo.

Conocedor Onofre Exarque por su oficio y manera de vivir, de las miserias y flaquezas humanas, su temor era justificado. Si, descubierta la trama, cogían á cualquiera de los comprometidos y en el tormento, declaraba la participación del mercader valenciano, ya podía darse por perdido. Lleno de terribles congojas fué Exarque en busca de Miguel y le comunicó sus temores. El rey Azán-bajá, en tanto, mandó buscar á Miguel, pregonó su cabeza, decretó pena de muerte contra quien le hubiese escondido. Al hablar Exarque con Miguel, le ofreció toda su fortuna ó, al menos, lo necesario para rescatarle y que huyese en unos navíos que en el puerto estaban.

Miguel lo pensó todo y le dijo á Exarque cómo él iba á presentarse á Azán-bajá y á echar sobre sí la culpa de todo lo concertado. Al decir esto, aseguraba Miguel, con la mano sobre el corazón, que ni amenazas ni tormentos bastarían para hacerle delatar á su amigo el generoso comerciante. Cómo daría su palabra Miguel, apenas podemos imaginarlo: sí sabemos que Onofre Exarque creyó en ella, como los apóstoles creían en la palabra del Redentor, y se marchó á su casa tranquilo y ni siquiera pensó huir en aquellos navíos que iban á levar anclas. ¿Se quiere más prueba del encanto que Miguel ejercía sobre quien hablaba con él y de la confianza que sus dichos inspiraban?

Salió Miguel del escondrijo, despidiéndose del buen alferez Castellano y fué en busca de su amigo el arraez Morato Maltrapillo, quien gozaba mucho predicamento con Azán-bajá. Le contó el caso por menudo y su pensamiento de presentarse á que el Rey hiciese de él lo que quisiera. Maltrapillo, asombrado, apenas quería dar crédito á semejante hatajo de disparates cometidos por hombre á quien juzgaba tan discreto: no obstante, prometió echar mano de toda su influencia con Azán-bajá para que el castigo no fuese irreparable, aunque dudando mucho de que tanta reincidencia hallase piedad en hombre tan cruel.

Por tercera vez fué presentado á Azán-bajá, Miguel, con el ya

conocido cortejo de chaúces ó alguaciles, sayones y soldados. Mandó el Rey que se le echase una soga al cuello y se le atasen las manos á la espalda. Lleno de cólera le interrogó, sin que toda su astucia veneciana lograra obtener otra respuesta más de que él, sólo Miguel, era el autor y ejecutor de aquella traza, en la que intervinieran también cuatro caballeros que ya estaban libres, pues la demás gente que había de ir en la embarcación, aún no lo sabía.

Consideraba Azán-bajá la audacia inconcebible y la serenidad nunca vista de Miguel, gozando sibaríticamente el espectáculo, con aquel refinado placer que los antiguos déspotas de Oriente disfrutaban al ver retorcerse á los siervos á quienes mandaron envenenar. Aunque muchas figuras de esclavos y de fugitivos habían pasado por ante sus ojos, contractos y amarillos los semblantes por el terror, bien recordaba Azán-bajá la cara serena de aquel cautivo suyo con quien nada podían las amenazas. También Miguel sabía que en la indiferente gravedad de su rostro y en la dureza y decisión de sus palabras era donde estaba la salvación de su vida. Puede ser que ya le hubiesen hablado á Azán-bajá, á más de Maltrapillo, que era gran admirador de Miguel, otros re-negados y moros que le conociesen por hombre resuelto ó por gracioso poeta y recitante. Como quiera, Azán-bajá no podía persuadirse de que no fuese aquel un hombre de ignorada casta, superior, sin duda, á la de los demás cautivos y por ello se resolvió á perdonarle aún la vida, si bien con gravísimas amenazas.

Con el rostro radiante, Miguel volvió á las mazmorras y después á la cárcel de los moros, arrastrando cadenas y grillos, pero sin que nadie osara tocarle al pelo de la ropa.

¿Creéis que puede atribuirse su perdón á que Azán-bajá hubiera cedido en sus crueldades? Pues sabed que, dos meses después de haber perdonado á Cervantes, uno de los conocidos de Miguel, un tal Juan Vizcaíno intentó fugarse á Orán. Cogiéronle los guardias del Rey y llevaronle á su presencia. Era el día de Nochebuena de 1579. Los cristianos del baño grande y los que, como Miguel, estaban en el baño de los moros, procuraban celebrar como podían, dentro de su inopia, la fiesta de Navidad.

Cuál rezaba, cuál cantaba, cual castañeteaba las cadenas, por hacer ruido. De repente, los chaúces entraron en la prisión y mandaron á los cautivos subir al patio de la Alcazaba. De allí algunos, casi de seguro Miguel entre ellos, subieron á la sala donde estaba Azán-bajá y vieron cómo entre el Rey y sus verdugos mataban á palos al pobre Juan Vizcaíno.

Pasó el invierno Miguel en sus imaginaciones, quizás repensando la traza para alzarse con Argel, pues á cada plan fracasado, surgía en su inteligencia otro más vasto y grandioso. Llegó la primavera. Un día tibio de últimos de Mayo, mandó Azán-bajá de nuevo que los cautivos acudieran á ver la ejecución de un español llamado Lorenzo. Era un montañés recio y membrudo. Cansáronse Azán y los verdugos de apalearle, sin que aquel hombre hercúleo entregara la vida. El espectáculo de tan fiera lucha entre la crueldad y la robustez y resistencia de un reo, pocas veces se había visto. A los cautivos les rechinaban los dientes, de temor á unos, de rabia á otros.

Al salir de la Alcazaba para volver al baño, escuchó Miguel gritos de júbilo.—¡La Trinidad viene! ¡Viene la Trinidad!—vociferaban algunos cristianos por las calles.

Aquel mismo día llegaban á Argel los redentores fray Juan Gil y fray Antonio de la Bella.

## CAPÍTULO XXV

“EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA,”—FRAY JUAN GIL.  
EL DRAMA DE D. JERÓNIMO DE PALAFOX.  
EL DÍA DE LA LIBERTAD

La primavera de 1580, alegre para muchos cautivos de Argel, fué para Cervantes triste y angustiosa. Con su argolla al pie y arrastrando la cadena, escuchaba un día y otro noticias de redenciones hechas por los buenos trinitarios. Oía encarecer y exagerar las cantidades de dinero que habían traído y las muchas mandas y limosnas pías con que habían visto aumentado el acervo de lo que aprontaran las familias y diera el Rey. A creer á algunos cautivos, los baños de Argel iban á quedar desiertos. No era así, pero, con todo, el ver rescatar á uno ó dos cautivos, les parecía á los otros agüero de que todos serían libres.

Desesperábanse algunos, los más tomaban la espera con sosiego, apacienciados por la adversidad. El que salía libre marchábase ufano, presuroso, sin volver la cara, ni acordarse de sus compañeros de cadena, con el desperezo egoísta de quien despierta de un mal sueño, sin dar las gracias á Dios ni á los hombres. Los padres de la Trinidad, ya acostumbrados á ver todos los extremos del egoísmo y de la ingratitud de los hombres, no hacían caso, comprendiendo hasta qué punto aquellos desventurados padecían de inconsciencia dolorosa que les privaba de toda nobleza en los sentimientos; así iban haciendo rescates, desembrollando lo más llano y fácil de su faena, atraillando, como un rebaño de corderos modorros á todos los cautivos para cuyas redenciones contaban con recursos suficientes.